PRÓLOGO.

SER PERIODISTA, ¿PARA QUÉ?.
CUANDO CONOCÍ A MARI CARMEN .

A veces llegaban cartas, y veinticinco años después te asaltaban desde cualquier carpeta olvidada en algún cajón. Eran cartas que te recordaban por qué amabas este oficio y por qué habías decidido dedicarte profesionalmente a ser un "contador de historias".

Cuando conocí a Mari Carmen llevaba más de diez horas sentada en la sala de espera de un importante diario local. Nadie la recibía. Estaba, sencillamente, desesperada y rota. Eran casi las ocho de una tarde, en realidad noche cerrada, del final un invierno que en Vigo, como todos los de allí, había sido largo, oscuro y frío. Yo acababa de regresar con una cámara de Antena 3 tras entrevistar, creo, a un jugador del Celta.

Carmen me miró sólo un instante, pero había tal ansiedad en sus ojos que hubiera podido helarme la sangre. Me senté junto a ella.

- ¿Qué le ocurre?

- Han secuestrado a mí marido y a treinta de sus compañeros a bordo de su barco, cerca de Terranova. Llevamos dos días sin noticias y me voy a volver loca, pero aquí no me hace caso nadie.

Era una historia de manual, de las de cinco columnas en primera página, pero aquellos chupatintas estaban a diez minutos de echarla de allí sin permitirle siquiera entrar a la redacción, menos aún contarles su drama. Si digo que, desde aquel instante, más que el "scoop" me importó en qué forma ayudar a aquella mujer y a las familias de las que me hablaba, juro que no miento.

Entrevistamos a Carmen, claro, y le pedimos testimonio gráfico de su barco y de sus tripulantes. Incluso en esto tuvimos suerte porque llevaba una cinta de VHS en su bolso.

Convertimos a toda velocidad aquellas imágenes, grabadas en el sistema doméstico de la época, al de uso profesional en televisión, Betacam SP.

Así pudimos emitirlas desde el primer día en los telediarios de la cadena e ilustrar con ellas todos los vídeos y reportajes que habríamos de elaborar y que acabaron siendo más de un centenar, como me temí desde un principio. Durante la primera semana fuimos la única cadena que dispuso de aquel material.

Ver, oír, y contarlo. Y ser el primero en llegar.

- "Piqueras, levanta la escaleta que tenemos una historia".

- "Eurico, no me jodas que estamos a una hora".

- "Hazme caso, Pedro. Esto es apertura y hay gente desesperada".

Aquella noche del nueve de marzo de 1994, dentro y fuera de España, el mundo entero conoció que un buque español había sido ametrallado y secuestrado por la armada canadiense fuera de la zona económica exclusiva, por tanto en aguas internacionales, y conducido en un inaceptable acto de piratería a un puerto de aquel país. Con la primera luz del nuevo día el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Oficina de Información Diplomática iniciaron las gestiones oportunas para resolver, a la mayor brevedad, aquella bochornosa situación.

El puerto de Vigo comenzó a llenarse de periodistas, de cámaras y de reporteros de televisiones nacionales e internacionales. Los medios, con su ampulosidad habitual, bautizaron aquello como "La Guerra del Fletán". El prestigio de España y de su gobierno, presidido por Felipe González, sufrió un brutal menoscabo y aquellos hombres, aunque fueron bien tratados, se sintieron marionetas en un juego que no habían iniciado y cuyas reglas les excedían.

Un mes después de sufrimiento, de lágrimas y de jirones diplomáticos, el buque "Estai" entraba triunfalmente por la bocana del puerto de Vigo, uno de los mayores de Europa. Si digo que aquella tarde podía haber allí cien mil gallegos para recibir a aquellos hombres, no exagero.

De aquella historia, que comenzó con la conversación entre un periodista madrileño y una mujer desesperada, extraje muchas lecciones. Las personales son mías. Las profesionales, al menos parte de ellas, las he ido desgranando.

Aprendí, por encima de todo, que el periodismo sólo tiene sentido si vale para contarle al poder lo que le ocurre a la gente, no al contrario.

En mi recuerdo han quedado grabadas para siempre dos imágenes… tres. La de aquellos marineros pisando libres, de nuevo, tierra española. La de Carmen y su llanto de rabia y desesperación del primer día, y la de sus lágrimas, de alegría y de agradecimiento, del último.

Con una precisión en mi cronograma vital que me provocó escalofríos, veinticinco años después, en febrero de 2021, encontré entre otros papeles de antiguas carpetas aquella carta fechada en Nigrán, Pontevedra, en enero de 1996. Recordé entonces los rostros de aquellos hombres, a los que nunca volví a ver. Volví a reconciliarme también, siquiera mínimamente, con esta profesión, la mía, hoy destruida casi por completo.